

en profundidad de ideas Santiago Pérez y Rafael Núñez, José Ignacio Escobar y Ricardo Becerra, y se ufanan en presentar los diplomas y premios los más puntillosos Ministros Diplomáticos. La Universidad en cuyas cátedras se erguían las figuras de nuestros maestros más salientes, venidos de todos los confines del país, y representaba —por cuanto en ella se oían las lecciones así de Miguel Antonio Caro, Andrés M. Pardo y Antonio R. de Narváez, como de Antonio Vargas Vega, Manuel Ancízar y Juan Manuel Rudas— la más efectiva y fecunda escuela de tolerancia y republicanism. No continuemos incurriendo en el error, si se quiere fortalecer la unidad nacional, de seguir creando universidades departamentales, escasas de recursos, con profesorado, en la mayoría de los casos, deficiente, impregnadas de un criterio parroquial y con proyecciones limitadas a escasa porción del territorio. Bogotá, que dígase lo que se quiera, es urbe hospitalaria y amante cual ninguna, y jamás ha hecho distinción en los claustros de sus centros de educación ni en parte alguna entre sus propios hijos y los nativos de otras regiones, debe tener una Universidad preeminente en el país, cuyo prestigio se funde en el hecho de que las cátedras que se dicten en ella han de ser regidas por los hombres más sobresalientes de todos los Departamentos, a quienes se debe atraer, cueste lo que cueste, y esa *alma mater* sería uno de los correctivos más eficaces contra el regionalismo disolvente.

Por regla general, los remedios para los gérmenes malsanos que se advierten deben ser obra no de las leyes sino de las costumbres, pero para que éstas se modifiquen en sentido favorable, es preciso imponer un concepto bien definido de que no podemos continuar en la vida que llevamos, que es necesario reaccionar contra esa indiferencia u hostilidad hacia todo lo nuestro, que va desde los fundamentos de la nacionalidad a las producciones de los compatriotas. Hay que hacer patente el culto a los fundadores de la República y visible la afectuosa disposición hacia lo que nos es propio para impulsarlo, y debemos convencernos de que sólo los pueblos que arraigan vigorosamente sus raíces en el pasado son los que pueden evolucionar consciente y serenamente hacia el porvenir.

RAIMUNDO RIVAS

Julio de 1929.

## SECCION DE BACHILLERATO

### LA VIDA AMOROSA DE NAPOLEON

Por VICENTE MARTINEZ EMILIANI

Se ha notado siempre desde tiempos remotos cierta influencia de la mujer sobre los grandes conquistadores; en Napoleón hubo algunas que ejercieron profundo dominio. Sigámoslo desde su niñez. Napoleón en su infancia era de singular belleza. Parecía de complexión delicada pero sano y fuerte. Ingresó a un colegio de niñas, notándose desde este momento el placer que sentía ante personas de distinto sexo; en este colegio se nota en Bonaparte cierta inclinación hacia una niña a quien llamaban *Yiacominetta*; él mismo durante su destierro decía: "Yo era entonces bonito y como estaba solo todas las chiquillas me acariciaban. Pero llevaba siempre las medias caídas sobre los zapatos y no soltaba nunca de la mano a cierta graciosa niña que fue ocasión de no pocas reyertas". Se nota ya, desde su niñez, ese carácter galanteador y caballeresco que había de distinguirlo en el resto de su vida; aquella niña, no la olvidará Napoleón jamás, sino que la llevará presente continuamente, pues fue la única que dio una nota de alegría a su amarga infancia.

Veamos al emperador algunos años más tarde, durante su juventud:

Encuétrase en el diario íntimo de Napoleón Bonaparte, la siguiente relación, que da idea de la timidez del futuro emperador a la edad aproximada de 17 años: "Había salido de las Italianas y recorría a largos pasos la acera del Palacio Real. Los sentimientos vigorosos que caracterizan mi alma, la agitaban, haciéndome indiferente al frío; pero una vez que mi agitación se calmó, volví a sentir los rigores del tiempo y me refugié en las galerías. Me encontraba cerca de las verjas de hierro cuando hube de fijarme en una persona del sexo femenino. La hora, su aspecto y su juventud hicieronme pensar que debía ser una mujer de vida alegre; como continuase mirándola, se detuvo en una actitud que lejos de ser soldadesca, correspondía perfectamente al carácter de su persona. Tal correlación, junto con su timidez, me animó y

le hablé... Yo, a quien tanto repugna lo vil de su oficio, y que por otra parte tengo tal sensibilidad que me siento manchado por una simple mirada... Pero tanto su palidez como la fragilidad de su cuerpo y la suavidad armoniosa de su voz, me llenaron de perplejidad. O se trata, dije para mí, de alguien que puede serme útil para la observación que pretendo llevar a cabo, o no es más que un alcornoque.

—¿Cómo puede usted, con este frío, pasear por la calle?

—¡Ah, señor!, no tengo más remedio que acabar la noche, y aún me queda alguna espera...

Produjeron en mí una impresión favorable el tono indiferente y como sistemático con que pronunció estas palabras y emparejando mi paso con el suyo comencé a pasear con ella.

—Su complexión es a lo que parece, bastante débil, y resulta extraño que no esté usted cansada del oficio.

—¿Qué vamos a hacer, señor? De algo he de vivir.

—En efecto; pero, ¿no ha encontrado usted otra ocupación más en consonancia con la fragilidad de su salud?

—No, señor, y es preciso vivir.

Su respuesta me encantó. Ya era un éxito, al menos, que me constara lo que no había logrado otras veces en tentativas anteriores.

—Su valentía ante el frío me hace suponer que es usted de algún país del norte.

—Soy Bretona; de Nantes.

—Conozco el país... Yo querría, Madame, que me contase cómo ocurrió su caída.

—Fue un oficial.

—¿Y no está usted contenta?

—¡Oh!, puede usted creer muy bien que no. Su voz iba adquiriendo gradualmente una suavidad y una unción que hasta entonces no había notado. ¿Por qué no podía estar yo bien colocada como lo está ahora mi hermana?

—¿Y cómo vino usted a París?

—Cuando me dejó abandonada el Oficial, que fue la causa de mi perdición y al que aborrezco, me vi precisada a huir de la indignación de mi madre. Otro, que se presentó por entonces, fue quien me trajo a París. Al abandonarme éste también, tuve que reemplazarle con un tercero, con el cual he vivido tres años. Era francés; pero sus negocios lo obligaron a marchar a Londres, donde sigue aún. Voy con usted a su casa.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Estaremos más abrigados que en la calle y podrá usted pasar un rato agradable conmigo.

No sentí en aquel momento ningún escrúpulo. Había procurado intrigarla de tal modo que no fuera cuando la apurase con las reflexiones que estaba ya preparando. Fingiendo una honradez que me interesaba probar no tenía..."

Se nota en la relación anterior lo novicio de Napoleón en estas lides en las cuales llegará más tarde a ser maestro.

Después del sitio de Tolón comenzó el nombre de Bonaparte a ser conocido en todo el territorio francés; oíase hablar a menudo de aquel oscuro oficialillo que había dado muestra de ser un estratega consumado. Napoleón comienza entonces a tener relaciones amorosas con *Desideria Eugenia Clary*, hermana de Julia Clary, que era esposa de José Bonaparte, hermano de Napoleón; estas relaciones fueron poco a poco en aumento hasta desatar en la niña una pasión desenfrenada, casi volcánica, que más tarde se transmitió al ánimo de su amante, y según parece llegó a haber entre ambos un juramento mutuo de unir sus vidas por el sagrado vínculo del matrimonio, pero Napoleón, quién sabe por qué motivo, no cumplió su juramento y Desideria contrajo enlace con el general Bernadotte, quien llegó a ser el enemigo declarado del Emperador, al decir de algunos, por motivo del desaire que éste hiciera en tiempos anteriores a su esposa. Nótase claramente que esta mujer sólo causó perjuicio a Napoleón, pues echó en su contra un hábil general que hubiese podido prestar gran auxilio a la nación francesa y al mismo Bonaparte.

Un pueril episodio ocurrido con motivo del 13 de Vendimiario había de poner en relación a Napoleón con Josefina Tarchet viuda de Beauharnais: había sido ordenada la confiscación de todas las armas del pueblo parisiense; la viuda de Beauharnais guardaba la espada de su difunto esposo y no deseaba perderla, pues las tenía como una reliquia; para este efecto mandó a su hijo Eugenio ante el jefe de las fuerzas nacionales que era Bonaparte; éste concedió el permiso y conoció más tarde a Josefina, mujer ésta que tuvo la mayor influencia en la vida del emperador de los franceses.

Enamorado Napoleón locamente de esta mujer le hizo la corte, ella lo aceptaba todo sin pensar nunca en tener relaciones con él, pero

motivos pecuniarios le hicieron mirar como un apoyo este hombre que se le presentaba como una tabla de salvación en medio de una violenta borrasca de deudas. Era Josefina cuatro o cinco años mayor que Bonaparte, no era una mujer que pudiésemos llamar hermosa, pero sabía sacar provecho de la poca belleza que tenía; llevaba una vida social muy sobre sus recursos y para este efecto contraía inmensas deudas que luego no podía pagar del todo; en el momento en que fija sus ojos en Napoleón sus acreedores la sitiaban y por motivos de puro interés había de nacer el idilio más importante del hombre que revolucionó a Europa con sus victorias.

Como habíamos dicho antes, Josefina ve a Bonaparte como única salvación y contrae matrimonio con él; en el registro matrimonial se logró cambiar las fechas de nacimiento de ambos contrayentes quedando más o menos equilibradas sus edades, y se estipuló en el contrato la total separación de bienes, pues deseaba Josefina quedar ante su esposo como mujer adinerada y además, a última hora, había notado que aquél sólo tenía, como le dijera alguien, la capa y la espada.

Poco a poco fue el cariño penetrando en el corazón de Josefina y llegó a amar a Bonaparte con locura, aunque por mucho tiempo le engañó con Barras, miembro del Directorio, y con un oficial de Napoleón a quien éste destituyó por dicha causa; era ya Bonaparte cónsul vitalicio de Francia y gastaba en Josefina grandes sumas de dinero; miraba la familia del primer cónsul muy mal a la esposa de éste y trataban de llevarlo al divorcio, pero él resistía, pues sentía por su esposa una pasión ilimitada; pero comenzaba a asaltarle la idea de dejar un heredero para Francia y Josefina era incapaz de dárselo; esto debía más tarde motivar su separación.

Fue coronado Bonaparte emperador de Francia en Notre Dame y desde ese momento se hizo perenne en él, el anhelo de dejar su dinastía en el trono francés.

En una de sus campañas contra las varias coaliciones que se efectuaron contra él, pasó Bonaparte por Polonia y conoció a María Valeska, mujer joven y de reconocida belleza; al notar los patriotas polacos que el gran general admiraba a la Valeska, facilitaron los encuentros entre ambos con el fin de que ella consiguiera la libertad de Polonia; era la Valeska muy joven, casi una niña, y en un principio se negó a la petición de los polacos, pero fue convencida de que aquello era un deber, pues en ello iba la salvación de la patria, y se entregó al emperador, en un principio forzada por sus hermanos de raza y más

tarde por amor; este fue el único sentimiento sincero y desinteresado con que contó el magno general; fue la única mujer, entre sus múltiples amantes, que lo recordó durante sus destierros; fue la única que le siguió fiel hasta después de su muerte.

Vuelve Napoleón a Francia y comienza Josefina a tener celos de las actrices, lectoras de la corte, etc., en las cuales fijaba sus ojos el Emperador, pero estas mujeres no tenían ninguna importancia para él y sólo las miraba como pequeños pasatiempos.

Pasan los días, los meses y los años y sigue Napoleón adorando a su esposa que era entonces una mujer vieja y decrepita; la familia de Bonaparte continúa tratando de separar a los dos amantes y por fin lo consiguen; lleno de pesadumbre y de melancolía se separa Bonaparte de su idolatrada esposa y le regala La Malmaison.

La causa principal de la separación es la cuestión dinástica que seguía aguijoneando continuamente a Napoleón; se divorcia de Josefina para casarse con una mujer de familia noble y que sea capaz de darle descendencia; ésta es la archiduquesa de Austria María Luisa.

Contrae matrimonio con ella y al poco tiempo de efectuado el enlace se cumplen los deseos de Napoleón: María Luisa le ha dado un hijo; colma Bonaparte a su esposa de riquezas, nunca había un soberano despilfarrado tanto dinero en su consorte; jamás habíase visto tanta felicidad en el rostro de un hombre; todo se debía a que el gran general tenía un hijo legítimo, heredero del trono francés. Pero llega el caso de Napoleón; había sido exterminado en Rusia, no por los hombres sino por la naturaleza; es desterrado a la isla de Elba; su esposa vuelve al lado de su padre y toda la felicidad del grande hombre se pierde en medio del océano. Pero no ha de acabar allí la magna epopeya, Napoleón logra huir de su destierro y llega a Francia; Europa entera tiembla ante la presencia del emperador que ha de reinar aún 100 días. Se organiza rápidamente en su contra una inmensa coalición y por fin el fiero león es completamente derrotado por Wellington, ayudado por el general prusiano Blucher, en Waterloo. Al volver a París después de su postrer batalla nota la traición que le hacen los mismos franceses, principalmente Fouché, Talleyrand y aquel general Bernardotte.

Es desterrado a Santa Elena y mientras suspira por su esposa, ésta tiene por amante un oficial austriaco, no recuerda ni por un momento a aquel hombre que muere en una isla solitaria y perdida en el Atlántico: Napoleón.

VICENTE MARTINEZ EMILIANI  
Alumno de 4º año de Bachillerato.